

S

E

U

Q

O

F

N

E

IPS-Inter Press Service
Corresponsalía Cuba



MASCULINIDAD VS VIOLENCIA: HOMBRES, SENSIBLES, AMANTES



Julio César González Pagés, coordinador de la Red Iberoamericana de Masculinidades
Foto: IPS Cuba

No. 22, Segunda quincena, Noviembre2008



ENFOQUES

PUBLICACIÓN QUINCENAL

IPS-Inter Press Service

Corresponsal representante IPS:
Elsa Methol Ferré

Calle 28 No.108 apto.2 e/1ra. y 3ra. Miramar, Playa
Ciudad de La Habana, Cuba.

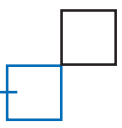
Teléfonos: 206-6814 y 206-8231
Telefax: 206-5605 y 206-6813

E-mail: habana@ipslatam.net
www.cubaalamano.net

IPS Cuba © 1999 - 2008
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este sitio
sin autorización.

MASCULINIDAD VS VIOLENCIA: HOMBRES, SENSIBLES, AMANTES

- Entrevista con Julio César Pagés, historiador cubano
y coordinador de la Red Iberoamericana de
Masculinidades / 4



MASCULINIDAD VS VIOLENCIA: HOMBRES, SENSIBLES, AMANTES

Por Dalia Acosta

Un código imaginario del buen machista latinoamericano establece que el hombre debe ser hombre por encima de cualquier cosa y eso, en pocas palabras, significa poder, fuerza, dureza, sexo y, sobre todo, muchos riesgos. Los hombres no lloran, no pueden crecer bajo la falda de la madre, nunca dicen no al reclamo sexual de una mujer, no se tocan entre sí; su mundo es la calle, no la casa.

Con sus diferencias por países, los “mandatos” vinculados a ser hombre establecen, entre otras normas, “nunca decir no” a las tentaciones de la calle, actitud que coloca a no pocos adolescentes frente al tabaco, el alcohol y las drogas. Como parte de este proceso, se justifica el uso de la violencia como una forma masculina de canalizar las emociones o frustraciones, aunque sea contra una mujer, y se cuestiona cualquier comportamiento de cuidado personal, por considerarse una debilidad.

En esta lógica, podría parecer que el machismo está genéticamente predeterminado y que es la única manera de ser hombre, reflexiona Julio César González Pagés, historiador cubano, profesor de la Universidad de La Habana y coordinador de la Red Iberoamericana de Masculinidades. Sin embargo, a juicio del intelectual, la construcción de nuevos modelos de asumir la masculinidad no solo es posible, sino imprescindible y una urgencia para el desarrollo sostenible.

En otras palabras. Se puede ser hombre y disfrutar el abrazo de un amigo, sentarse en el Malecón habanero a mirar el mar, caminar la ciudad por el simple placer de caminar, acostarse en un sofá con los ojos cerrados a oír una buena música, besar a su padre, llorar de impotencia o tristeza, disfrutar la sexualidad como le plazca y con quien le plazca, tener una amiga mujer sin pensar en sexo, disfrutar de la cocina, la familia y el hogar.

“Cuando hablamos de cultura de paz, no hablamos de un eslogan. Se trata de volver a las esencias, a los momentos en que los hombres y las mujeres compartíamos esencias mínimas, fundamentales, que nos hacían felices. Es volver a la raíz de lo cotidiano, pero como disfrute, no como tortura”, afirmó González Pagés en entrevista a *Enfoques*.

IPS: Aunque es evidente que hay muchas maneras de asumir la masculinidad, la hegemónica pasa por el machismo que va más allá de los hombres y se convierte en la cultura dominante en sociedades como la cubana.

Tal pareciera que el machismo le viniera por ADN a los hombres, que es una identidad más allá de la cultura, que cada hombre nace machista y que esta condición no tiene que ver con un proceso cultural. ¿Por qué es así?

Porque durante demasiado tiempo se ha transmitido a través de la cultura y de la educación. Toda el área de América Latina, no solo Cuba, se bendice o de cierta forma se vende como un área donde el machismo forma parte de la identidad de los hombres y pareciera que esto es hasta simpático, que realmente forma parte de un proyecto

que hay que asimilar y aplaudir, que formara parte de algo importante y sí lo es, porque toda nuestra cultura, regularmente, está vista y construida de esta forma.

La educación y la cultura son los dos grandes baluartes donde nosotros vemos estos valores como fundamentales de la identidad machista, masculina, hegemónica. Y lo digo así porque aparece de cualquier forma, incluso a veces lo quieren convertir en un producto light y te dicen “esto no es machismo”. Pareciera que el machismo es algo como una etiqueta, una actitud masculina en sí misma, y pareciera que ser masculino es algo importante porque tiene que ver con la construcción de género, y pareciera que la hegemonía, lo masculino y el machismo forman parte de tres pasos esenciales para ser hombre. Y el problema es que, de cierta forma, estos tres aspectos marcan los patrones que definen la aceptación social del hecho de ser hombre. Es por esa aceptación que educamos, criamos y transmitimos estos valores a través de los medios.

Paradójicamente, incluso en un país como Cuba, donde la mujer ha vivido un intenso proceso de inserción social, se observa que ella misma transmite a sus hijos los patrones de esta cultura machista. Consciente o inconscientemente, pero así lo hace.

A veces converso de estos temas con algunas mujeres y me dicen “sí, todo está muy bien, pero a mí me gusta tener un macho a mi lado como pareja”. Y bueno, ¿qué cosa es ser un macho? Regularmente, esa imagen del macho está asociada a estereotipos. Tiene que ver, quizás, con esa imagen simbólica —en el caso de toda América Latina— de la época de oro del cine mexicano, con un Jorge Negrete a caballo y con bigote, pero con la parte romántica de esa imagen y no aquella en la que se baja del caballo, llega borracho a la casa y golpea a la mujer. Porque detrás de la imagen romántica del macho se esconde la violencia. Cuando un hombre es criado para que beba en exceso, eso trae consigo violencia; cuando un hombre es educado en el exceso de poder, es violento. Y todo este proceso va conformando el sustento, después, de una ideología que no solo es inherente a los hombres, también lo es a las mujeres.

No es que las mujeres sean machistas, pues no pueden ser víctimas y victimarias de un mismo proceso. Las mujeres transmiten esos códigos machistas a sus hijos porque la aceptación social de un macho pasa por todo esto: son los códigos por los que son aceptados los hombres. Nadie educa a un hijo para que sea vulnerable, aun los animales enseñan a cazar a su descendencia para que sobreviva en las tribus o en las manadas. Entonces, yo creo que regularmente todos estos valores que son adquiridos de la cultura y la educación tienen una legitimidad en la familia, en el barrio, en la comunidad.

¿Cómo puede romperse este ciclo?

Será muy complejo, por la aceptación social que hay. Regularmente, asociamos el trabajo sobre cultura machista y violencia a una semana en el mes o 15 días de campaña, pero después todo puede seguir igual.

Detrás de todo esto hay raíces que pasan también por relaciones de poder.

En la cultura que heredamos de España, de África, de todos los países que fueron emisores de emigrantes

—de forma voluntaria e involuntaria— hacia nuestro continente, mucho de lo que recordamos y bendecimos como cultura tiene que ver con los hombres. ¿Por qué?

Porque los protagonistas visibles de toda nuestra historia han sido los hombres, ha sido toda una historia construida sobre la base del patriarcado y, además, todo el tiempo parece que la etiqueta de patriarcado es algo con total legitimidad y que no se puede mover.

Cuando uno ve los procesos históricos —no solo en Cuba—, las mujeres vienen a aparecer en la segunda mitad del siglo XX. En casi todos nuestros procesos educativos se muestra, además, como una mujer, una anécdota, un momento, un suceso. Y lo mismo pasa con la filosofía: pareciera que los hombres son importantes por el solo hecho de ser biológicamente hombres. En el siglo XIX, solo vemos filosofía en Marx¹, Engels, Hegel o Feuerbach y nunca en Gertrudis Gómez de Avellaneda o Rosalía de Castro.

No se acepta como filosofía aquella que hicieron algunas mujeres alrededor de su vida, una vida que quizás tiene más que ver con el mundo privado o con el mundo de las mujeres; sin embargo, las altas escuelas de pensamiento y de educación siempre ven los procesos de evolución de la cultura de los hombres como legítimos. Y detrás de todo esto está la hegemonía, que va creando una estima en el sector masculino, donde las mujeres que quieren aspirar a cierto protagonismo social tienen que beber de esta cultura varonil, masculina, machista, y terminan encerradas en los mismos patrones hegemónicos y violentos.

Y, por lo general, no se tiene conciencia de que esta cultura machista daña no solo a las mujeres, sino también a los hombres.

Por eso son tan importantes los sectores de la cultura y la educación, a la hora de promover un cambio. Los valores transmitidos por la educación, hasta nuestros días, han traído como consecuencia que, en todos nuestros países, no se ha tomado el tema de salud de los hombres como un problema de Estado, por su vinculación con el machismo y la masculinidad hegemónica. Sin embargo, si vemos los sucesos bélicos —donde los hombres están involucrados—, o los procesos de riesgo o de no cuidado del cuerpo, observamos que deberíamos tener estrategias de salud más preventivas en su vinculación con la masculinidad. Gastaríamos mucho menos en salud si evitáramos que los hombres fueran criados en una actitud de riesgo.

Por ejemplo, en el caso cubano están los jóvenes que se cuelgan de los ómnibus para demostrar virilidad o actitudes excesivas alrededor del alcohol, de la reyerta, actitudes de riesgo que, al final, no conducen a nada. Sucede lo mismo con la manera en que los hombres conducen; es una actitud temeraria, que no tiene nada que ver con la forma

¹ Carlos Marx (1818-1883), filósofo, historiador, sociólogo, economista, escritor y pensador socialista alemán. Padre teórico del socialismo científico y del comunismo.

Federico Engels (1820–1895), filósofo y revolucionario alemán, amigo y colaborador de Carlos Marx, autor junto a él de obras fundamentales para el nacimiento de los movimientos socialista, comunista y sindical.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770–1831), filósofo alemán

Ludwig Andreas Feuerbach (1804–1872), filósofo alemán, antropólogo y crítico de la religión.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), escritora y poetisa cubana.

Rosalía de Castro (1837-1885), poeta y novelista española en lengua gallega y castellana, figura central del resurgimiento de la literatura gallega en el siglo XIX.

en que lo hacen las mujeres. Y cuando una mujer no se suma a esa temeridad, se dice que “ellas no saben manejar” y se ridiculiza todo el tiempo. Se legitima tanto la burla hacia la mujer como la temeridad y la violencia.

Así, cuando vemos la relación entre masculinidad, hegemonía y violencia, también hay que ver los riesgos en materia de salud, vinculados a enfermedades que se derivan de cuestiones biológicas, y aquellos riesgos vinculados a la conducción de género y que pasa por las diferentes generaciones.

VULNERABILIDAD MASCULINA

Las investigaciones recientes sugieren que las necesidades de salud de los hombres, especialmente los adolescentes, son más urgentes de lo que se pensaba. Se sugiere que el género masculino es una variable que genera mayor vulnerabilidad al riesgo. Por ejemplo, en general en América Latina y el Caribe, la carga de enfermedad para los hombres es 26 por ciento más alta que para las mujeres. Mucha de esta morbilidad se asocia a la construcción social de la masculinidad: accidentes de tránsito, homicidios, lesiones y enfermedades cardiovasculares, a menudo relacionadas con el uso del alcohol, el estrés y los estilos de vida. Estas tendencias sugieren la necesidad de trabajar con adolescentes varones, ya que muchos de los comportamientos que llevan a estos problemas de salud en la edad adulta emergen de patrones aprendidos en la niñez y la adolescencia.

Fuente: R. Lundgren: *Protocolos de investigación para el estudio de la salud sexual y reproductiva de los adolescentes y jóvenes varones en América Latina*, Organización Panamericana de la Salud, abril de 2000.

¿Estaríamos hablando de generaciones jóvenes que buscan nuevas formas de socialización, pero que también reproducen códigos violentos?

Este verano yo tuve la oportunidad de hacer un trabajo con el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) y, entre otros aspectos, comprobé que hay actitudes muy parecidas en las generaciones menores de los 25 años en toda el área de Centroamérica y el Caribe, y que al hablar de cultura, se puede hablar no solo a nivel de país, sino de toda esta región.

¿Por qué? Porque se socializa de la misma forma, con la misma música, con la misma cultura de riesgo. Daddy Yankee² es oído por un joven obrero de Tegucigalpa, un muchacho de clase media en San Juan, uno de provincia en Santo Domingo y un universitario en La Habana. Esa cultura que muchas veces decimos que es globalizada —y lo es—, también transmite valores y son los mismos que estimulan las actitudes de riesgo.

Por eso yo creo que más que abogar por actitudes nacionales, tenemos que pensar en el mundo. Vivimos en el mismo planeta y es lo mismo que pasa con temas como la ecología: son temas globales que nos afectan a todos por igual. Como en algún momento se ha hablado de la colombianización de toda la región, yo pienso que habría que enfrentar el tema de violencia social, que podría llamarse “la marización” porque las maras³ son quizás la punta de lanza de estos grupos de jóvenes menores o mayores

² Daddy Yankee, músico puertorriqueño del género reggaetón.

³ Pandillas juveniles en Centroamérica.

de 25 años que ya tienen atisbo en todos nuestros países. Y son fenómenos muy difíciles de prevenir porque nuestros gobiernos lo están tomando como cuando se pone una curita en una hemorragia y no como un problema de desarrollo.

No puede haber un desarrollo local sostenible, en ninguno de nuestros países, si la vinculación entre masculinidad y violencia no empieza a asumirse como un tema de salud, como un tema de sociedad, con fondos específicos. No podemos pensar que los fondos que estamos destinando a la inequidad en el tema de la mujer van a ser los mismos que nuestros gobiernos tienen que destinar al tema de la masculinidad y la violencia.

Son dos problemas que se relacionan, pero son diferentes y hay que ir a la raíz de cada uno de ellos, raíz que tiene que ver con una madeja muy compleja de fenómenos. Es decir, el caso que hablábamos de las generaciones está vinculado a la aspiración de esta generación que tuvo una pérdida de paradigma social, donde se observa cierta enajenación y valores que no conducen a nada, como el consumo y la droga. Son valores que se han universalizado y que, a largo plazo, están trayendo la autodestrucción no solo en los sectores más pobres, sino también en la clase media y alta.

CUESTIÓN DE ROLES

Los rasgos patriarcales de las sociedades no son solo ideológicos. Existen también en la organización misma de la sociedad y de la familia, su expresión más directa. Al separar las funciones económicas y políticas de la familia, el papel de la mujer se redujo, tanto en sus actividades, como en las posibilidades de vincularse a la sociedad. De esta manera quedó cumpliendo las tareas de reproducción y cuidado de los seres humanos, es decir soportando todo el peso del trabajo doméstico.

Los hombres, por su parte, se apropiaron de las labores públicas: la política, la economía, la construcción de todo lo concerniente a los espacios colectivos. Esto les concedió el derecho de gobernabilidad sobre el mundo y el sometimiento de las mujeres. Nació así el poder masculino, asociado con los hombres heterosexuales, rudos y machistas. Estos derechos “divinos”, otorgados por naturaleza, sirvieron y aún sirven para subordinar a las mujeres, a lo femenino, considerado estereotipadamente débil, inferior e incapaz.

De esta manera, los hombres combinaron sus auto-concedidos poderes sociales con su fuerza física, superior biológicamente a la de las mujeres, para esclavizarlas a su antojo. Como es lógico, las primeras manifestaciones de violencia no se hicieron esperar. Este fue y ha sido, por mucho tiempo, un mecanismo de control y de terror utilizado por los hombres para someter a las mujeres.

Fuente: Julio César González Pagés y Carlos Ernesto Rodríguez Etcheverry, “Si le pegó fue por algo. Estereotipos de violencia masculina”, Red Iberoamericana de Masculinidades, <http://www.redmasculinidades.com/>

¿Cuáles serían, entonces, los mensajes que habría que transmitir para ir promoviendo cambios hacia una cultura de paz?

Los mensajes tienen que estar dirigidos a sectores específicos. Hoy se habla mucho de la diversidad y, si hay diversidad, debe haber mensajes universales pero también particulares, para diferentes grupos, como puede ser la juventud. Por ejemplo, la

relación entre las generaciones jóvenes y la educación cambió; sin embargo, seguimos vendiendo, bendiciendo, una educación muy vertical, poco democrática, en la que hay un profesor que impone un criterio y un aula que, quizás, lo oye porque tiene que obtener una nota, un título, un grado.

De cierta forma, esta manera de educar es una transmisión de valores arcaicos y violentos. Tenemos que aprender a democratizar la educación y saber qué quieren las diferentes generaciones, qué valores desean aprender. Por otro lado, creo que sí se está produciendo un cambio en esa esencia de lo femenino y lo masculino y hay ejemplos específicos de tribus urbanas, como los Emos, que han cambiado los estereotipos, pero aún sigue existiendo violencia hacia ellos y dentro de ellos mismos. Es decir, la historia no es tan pacífica como se cuenta. ¿Por qué?

Porque aún hay valores violentos, tanto dentro de lo masculino como de lo femenino. El poder es violento y puedes ser una mujer competitiva, vestir con Armani⁴ y ser tan excesivamente violenta y masculina como la mujer más violenta de un barrio marginal, sentir satisfacción en la violencia.

Al mundo le hace falta un poco de amor, pero no el amor que nos transmiten las telenovelas, ese amor idílico e imposible. Yo siempre pienso que nos siguen vendiendo el amor a lo Romeo y Julieta como un amor adolescente, inexperto, y me río un poco porque pienso que Romeo y Julieta, con las nuevas tecnologías, nunca hubieran muerto: con un móvil se hubieran comunicado y lo más probable es que hubieran pasado de esa relación primera y hubieran crecido, como hombre y mujer, y elegido otras relaciones. Así y todo, se nos sigue mostrando ese amor violento, relacionado con la muerte y el corazón sangrante, con la ausencia.

Cualquier cosa que hagamos tendrá que apuntar a ese estrés generalizado por ocupar todas las horas en algo y no dejar tiempo para pensar, para reflexionar, para amar. Tenemos que aprender a amarnos a nosotros mismos, nuestro tiempo, nuestro cuerpo, nuestra ciudad; o sea, esa cultura de paz que muchas veces parece imposible yo creo que es posible.

¿Hablamos de cambiar, incluso, rutinas de la vida cotidiana?

Yo he estado trabajando con grupos de hombres y nos hemos dado la posibilidad de conocernos, de cierta forma amarnos y querernos, pero no solo desde la sexualidad. Casi siempre pensamos en el amor como el acto sexual y no como que alguien que esté a nuestro alrededor pueda cocinarnos o darnos un buen masaje, mas allá de la cuestión erótica; o que alguien pueda compartir su tiempo para caminar por la ciudad y tener una actitud un poco menos agresiva.

Para mí, esa es la cultura de paz. Se suele ver la cultura de paz como un eslogan, pensamos en la década del sesenta y en John Lennon, porque no dejamos de hacer imagen y propaganda. Asociamos el concepto a los símbolos y no a actitudes simples. A veces yo estoy muy estresado en la ciudad, me voy a Caibarién y cuando regreso estoy totalmente cambiado. Para mucha gente, es como si hubiera hecho la gran cosa y lo único que hice fue romper con mi rutina y darme la posibilidad de caminar por otra ciudad, darme tiempo. Y es que los humanos vivimos un tiempo muy rápido y ese tiempo rápido es violento y va en contra de uno mismo.

Aprender a vivir es cultura de paz, como lo es aprender a oír, a respetar, a dulcificar, pero en ese respeto los hombres somos muy invasivos.

⁴ Armani (1934), diseñador de moda italiano.

JÓVENES EMOS: UNA MASCULINIDAD DIFERENTE

La Avenida de los Presidentes o “G”, como popularmente es conocida, se ha distinguido en la ciudad de La Habana por ser un espacio de socialización de numerosos jóvenes. Esta alameda, ubicada en el municipio Plaza de la Revolución, es un sitio donde la búsqueda del disfrute nocturno se mezcla entre un ir y venir constante de un público diverso, de conversaciones, cantos y guitarras.

En los últimos tiempos, a este lugar acuden grupos de adolescentes con una imagen típica, los que llaman la atención por sus cortes de cabello, que tienden a cubrir una parte del rostro; por sus vestimentas entalladas, esencialmente de color negro y rosado; y con atributos que están en la actualidad muy en boga, como los conocidos *piercings*. Estos jóvenes responden, “aparentemente”, a una tendencia denominada Emo, originada en la década del ochenta del pasado siglo, y que persiste hasta nuestros días como un movimiento musical relacionado con el rock, derivado del género musical *punk*, teniendo como principal característica transmitir a través de la música emociones y sentimientos, de ahí el origen de la palabra.

En la actualidad, el hecho de ser Emo se identifica más con patrones estéticos en torno a la delgadez, a una ropa específica, a un estilo de peinado y aquellas actitudes relacionadas con la depresión, la tristeza y el sufrimiento.

Esta tendencia, al ser asumida por los varones, no tiene el mismo significado que en el caso de las mujeres. La condición masculina de los Emos, dentro de la sociedad, genera fuertes contradicciones sociales, ya que supuestamente ataca con su “diferente” modo de vestir y actuar, puntos neurálgicos de la masculinidad tradicional.

Fuente: Yonnier Angulo Rodríguez, en Red Iberoamericana de Masculinidades. Ver trabajo completo en www.redmasculinidades.com

¿Por qué pasa eso?

Porque este código machista, masculino y hegemónico, todo el tiempo te obliga a tener el control, incluido el control del tiempo que me vas a destinar. Fíjate que, regularmente, las personas tienen poco tiempo para atenderte, están tan ocupados que solo tienen cinco minutos para ti y eso es violencia de la cultura del tiempo y del espacio. Es muy común oír “no puedo salir porque no tengo dinero”, y a veces uno puede salir sin dinero. Yo voy a muchas actividades con entrada gratis, pero para muchas personas salir significa dinero y alcohol. Si no tomamos, no socializamos.

¿No podemos quizás tener una cultura del ocio que no lleve gasto, que no lleve consumo? De cierta forma, una de las primeras cosas que aprendemos los hombres que nos estamos liberando de estas actitudes machistas es a intimar y, dentro de esa intimidad, está la cocina, porque todo el mundo tiene que comer. Así, debería formar parte de la promoción de la cultura de paz decir tómame un tiempo, comparte con tus amigos, hazte una pasta o una yuca; hazte lo que tú quieras, pero date ese tiempo mental de poder compartir la esencia de la vida que es comer, que es disfrutar de la música, disfrutar de un paseo.

No se trata de abrir una gran discoteca que se llame Cultura de Paz y que no sería más que un gran momento de consumo de lo mismo. Se trata de volver a las esencias, a los momentos en que los hombres y las mujeres compartíamos esencias mínimas, fundamentales, que nos hacían felices. Es volver a la raíz de lo cotidiano, pero como disfrute, no como tortura. Es ese tiempo durante el cual elaboramos la comida, hablamos

y compartimos. Lo doméstico también forma parte de nuestra vida —comer, alimentarnos, limpiar—, y a mí me ha pasado: el tiempo que yo le dedico a mi casa y a mí se ha convertido en esencial y cuando no lo tengo, lo sufro.

HOMBRES RENUNCIAN A LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Orlando Berrios, de 53 años, trabaja más de ocho horas por día como barbero en el barrio habanero de Párraga, y comparte con su esposa labores domésticas ante la mirada incrédula de sus vecinos, que lo consideran un “tipo raro”. Berrios decidió hace mucho tiempo romper con los patrones machistas que la sociedad inculca a las personas de su sexo, porque constituyen “mentiras y debilidades”. Sin embargo, su caso es poco común en esta isla caribeña, donde las puertas de los hogares ocultan historias de desigualdad y violencia contra las mujeres.

“Soy de los que practicaba la violencia silenciosa: ni peleo con mi mujer, ni le doy golpes a mis hijos, pero considero que a veces soy violento, porque soy de buen carácter, pero de malas pulgas”, fácil de enojar, dijo a IPS Lázaro Berrios, de 47 años, hermano de Orlando.

Orlando y Lázaro aprendieron temprano a realizar los trabajos de la casa, en una familia numerosa radicada en una zona pobre de la periferia capitalina. “Se requiere más valor para romper con esa tradición violenta y machista que para permanecer en un medio que te atrapa”, aseveró el mayor de los hermanos.

Ambos crecieron en un ambiente que les enseñó un “falso concepto de la hombría”, según el cual “mientras más mujeres se tiene, más hombre se es”, apuntó Lázaro, convencido ya de que haber sido “mujeriego” generó infelicidad en otras personas y en sí mismo.

“No somos superhombres, somos seres humanos”, señaló a IPS Xavier Muñoz, coordinador ejecutivo de la Asociación de Hombres Contra la Violencia de Nicaragua (AHCV). “Debemos darnos cuenta de eso, porque en nuestro hogar hay una familia que no quiere a un *superman* sino a un compañero de vida, a un padre, un hermano, un hijo, que piense y sienta como un ser humano”, acotó.

“La asunción de la masculinidad hegemónica, además de conducir al deterioro de nuestra salud física y exponernos a peligros mortales, determina y hasta atrofia nuestro desarrollo personal, y daña especialmente la dimensión afectiva de nuestro ser”, indica un documento elaborado por esa organización no gubernamental.

Muñoz y Johnny Jiménez, de AHCV, impartieron en noviembre de 2007 un Taller de Sensibilización sobre Masculinidad y Violencia de Género en la sede del Taller de Transformación Integral del barrio habanero de Buenavista, organizado por el no gubernamental Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero (OAR).

Para romper con la violencia “es necesario reconocer que la causa principal de la violencia es el poder que ejerzo como hombre-macho, de dominar y controlar a las mujeres, a la naturaleza y todo lo que me rodea”, afirmó.

Jiménez consideró fundamental “dejar de justificar la violencia”, pues mientras esto ocurra “vamos a seguir pensando que es la única manera de resolver los conflictos”.

Un hombre típico te diría que él se va a la pelota con sus amigos.

Yo también voy a la pelota. A mí me gusta mucho el béisbol, pero ese es un tiempo, es decir, son tiempos diferentes. Estos tiempos deben coexistir en armonía, esa armonía que te hace una persona estable, en lugar de una persona que lucha todo el tiempo contra el tiempo. No me gusta ponerme de ejemplo, pero yo mismo viví un momento terrible en mi vida, de mucho estrés, que terminó con una enfermedad nada agradable como el cáncer de próstata. Fue un problema de salud en un hombre que trabaja masculinidad y que dejó que la hegemonía sobre el tiempo incidiera sobre su salud y se enfermó.

Yo quería mucho más tiempo para hacer las cosas que estaba haciendo y que, de cierta forma, reproducía este hombre que tiene que tener ocupado todo su tiempo. Y estamos ante un problema de salud que tiene que ver, además, con que no existen campañas preventivas para esta enfermedad y por eso, regularmente, entre 80 y 90 por ciento de los países tienen estadísticas terminales muy fuertes en una enfermedad que se puede prevenir, como la del cáncer de mama.

VIOLENCIA PÚBLICA FUERA DE DEBATE

Muchas mujeres en Cuba afirman haber sido víctimas del exhibicionismo masculino, una forma de agresión sexual frecuente en espacios públicos en esta isla, según el documental producido por el estatal Instituto de Cine que atrae la atención de especialistas de las ciencias sociales.

“La no exhibición del documental ‘Mírame mi amor’ (en la televisión estatal) dice cuánto asusta un tema como este”, dijo a IPS Julio César González Pagés, coordinador de la Red Iberoamericana de Masculinidades. “No hay debate sobre cómo nos implicamos en la sexualidad que no sea la tradicionalmente legitimada”, acotó.

“Este es un tema de violencia hacia las mujeres, de derecho al espacio público”, remarcó Pagés, quien no entiende por qué esta manifestación se ha legitimado como “un mal necesario”.

El filme, producido en 2002 bajo la dirección de la cineasta cubana Marilyn Solaya, recoge testimonios de mujeres víctimas de diversas formas de agresión sexual, desde el exhibicionismo hasta el intento de violación. También reúne los criterios de especialistas en psicología, derecho y de un representante de la Iglesia Católica.

Según Danae Diéguez, profesora universitaria y estudiosa de la cinematografía hecha por mujeres en la isla, este documental las legitima como víctimas “no solo de ellos (los hombres) en cuanto violadores, sino de una sociedad patriarcal sustentadora del falocentrismo”.

Durante la realización del audiovisual, Solaya realizó 2.000 entrevistas. El 97,7 por ciento de las mujeres encuestadas había tenido alguna experiencia con exhibicionistas, y 62 por ciento había padecido varias.

El exhibicionismo, considerado como una parafilia, es “la exposición de los propios genitales a un extraño que no lo espera”, afirma un texto del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana. “Casi siempre es un varón el que se exhibe ante una mujer, de cualquier edad, no para violarla, sino con la fantasía de excitarla sexualmente”, sostiene el artículo.

¿Esa ausencia de campañas de prevención de salud hacia la población masculina sería también otra forma de violencia?

Es una manera de ejercer la violencia sobre nuestra propia salud. No sabemos cuidarnos, no hay una cultura del cuidado del cuerpo del hombre. Se dan casos de hombres que, a los 40 años de edad, empiezan a hacer ejercicios y mueren porque no fueron antes a un médico para saber si su corazón lo soporta. Yo creo que eso es violencia también, violencia sobre tu físico, porque cuando hablamos de violencia y masculinidad, solemos pensar en el hombre golpeador y no en todas las violencias posibles, las violencias psicológicas que nosotros mismos nos imponemos.

Ahí está el tema del dinero, cuando no tenemos un trabajo bien remunerado y pensamos solo en lo remunerado y no en la satisfacción. ¿Por qué? Porque vivimos la hiperresponsabilidad de la economía: ¿como me van a ver mis hijos bien si no soy un buen proveedor? ¿Qué hago si no puedo satisfacer a mi hijo que está en la universidad y me exige unos tenis de marca? Las cosas que no deben ser esenciales se convierten en esenciales, porque son parte de la competitividad, son exigidas por la propia familia y caemos en un círculo de progresión-regresión.

En el caso de los hombres, regularmente, estos procesos van en regresión. Puede ser que tú te hayas educado en una familia de una forma, pero cuando te casas y vas a vivir con tu pareja, la exigencia vuelve a ser la misma socialmente aceptada, la misma en la que quizás no te educaste, pero que te van a exigir en la familia nueva que tú heredas y que es la familia de tu pareja.

Cuando hablabas del cáncer, hablabas de una vulnerabilidad masculina en problemas de salud que tiene una de sus causas en toda esta cultura machista de la que hemos hablado. Se ve también al final de la vida, con los hombres mayores que se quedan solos; la manera en que se asume la viudez cuando se es hombre o mujer, suele ser totalmente diferente.

La mujer, generalmente, asimila la viudez. La ve como un nuevo período de su vida, se va para la calle, va a pasear. Puede haber sus excepciones, pero esa es la media. El hombre cae en la soledad, en la depresión, no sabe qué hacer con su vida. O sea, que al final esa masculinidad lleva al hombre a ser totalmente dependiente de la mujer, lo lleva a la inutilidad, a un proceso doloroso.

Pienso que los dolores, los malestares que provoca esa masculinidad hegemónica y socialmente construida en los hombres, deben ser estudiados. La sociedad mundial ha crecido en edad, los países como Cuba envejecen y cada vez hay más hombres mayores de 60 años que no saben qué hacer con su vida, y si enviudan es mucho peor.

Yo lo viví en mi familia. Desgraciadamente, mi papá falleció hace más de un año y mi mamá lo ha asimilado como un nuevo proyecto de vida, ha intensificado los momentos de compartir con sus amistades, o sea, ha sabido enrumbar su vida con el dolor, pero ha sabido hacerlo.

Y me he preguntado qué hubiera sucedido de ser al revés. Creo que hubiera sido difícil porque mi padre estaba acostumbrado a una rutina —como la comida que mi mamá preparaba—, y esa rutina tiene que ver con los roles diferentes que se asignan socialmente a las mujeres y a los hombres, que regularmente nos niegan y que quizás nos benefician, pero que a largo plazo, si vas a tener una vida longeva, pueden llevarte a sentirte como un inútil. Así, llega un momento de la vida en que los hombres parecen más los hijos de las mujeres que sus parejas; van desarrollando una inutilidad que con los años se refuerza, agravada por problemas médicos; viven en una dependencia total que a veces se revierte en una autoestima baja y con una tendencia muy fuerte al alcoholismo.

En fin que, al final de la vida, el machismo se vuelve contra los propios machos.

Al final, son procesos negativos para las mujeres y para los hombres. La salida pasa, entonces, por la creación de nuevos modelos.